

Un clásico actual: Rioja

Hay en la actual poesía española varias corrientes: la social, la neoclásica, la neorromántica, etc. Hay también un crítico que la ha dividido en arraigada y desarraigada. Son ganas de arrimar el ascua a la propia sardina, porque la raíz es siempre la misma: el hombre.

Para los poetas sociales, al no ser Rioja más que un esteta, un adorador de la belleza, no cuenta.

Para los que creen como yo que la poesía no es cosa de moda, ni de un momento dado, Rioja es un poeta verdadero y por lo tanto de siempre.

Para los que creen como un poeta amigo mío que belleza y verdad son un solo rumor, agua de un mismo río, Rioja es un esteta, pero no un estetizante, es decir, un creador de un arte inútil; para ellos, Rioja es un hombre angustiado, un hombre barroco, un hombre de su tiempo, que ha buscado en la vida, a través de las flores, un hálito de belleza. Porque esta belleza no es más que un reflejo de la verdad divina. Para nosotros, Rioja no es un poeta caduco sino un clásico vivo, tan actual como un poeta de ahora, porque aunque continuamente se renueva este drama que es la existencia humana, la raíz, como decía, es siempre la misma: el hombre.

Y para los que entendemos que la poesía radica en el poeta en cuanto hombre, y que todo lo que es común al hombre — vida y naturaleza, amor y muerte — eso es poesía, porque es lo humano eterno, de ahora y siempre.

Estos poetas, entre los que me cuento, creemos que la poesía no es vanidad, ni exhibicionismo, ni exposición de una ideología política por muy justa que sea; para nosotros la poesía es donación que la vida hace al hombre, es decir, verdad, pues el poeta mediante la intuición llega al fondo de la realidad, consigue captar la esencia de las cosas; pero es sólo un préstamo lo que la vida hace a los hombres y por eso el poeta tiene que devolver obligatoriamente esta verdad encarnada en belleza.

La poesía debe ser hecha por todos, no por uno, decía el Conde de Lautréamont. En efecto, debe ser hecha por el hombre, pue es como decir por todos los hombres; el poeta está al servicio de los hombres, es una parte de ellos y ha de darse, ha de entregarse, todo entero, como el niño; mientras más ingenuo y niño, más poeta se es.

Para nosotros, Francisco de Rioja, que se puso todo íntegro, que se donó a los hombres, a través del símbolo de las flores, es un poeta de verdad, actualísimo, porque la poesía cuando es verdadera es agua viva, es vida y la vida nunca envejece.

En Sevilla se ama a las flores. En las esquinas de algunas calles del barrio de Santa Cruz o de San Lorenzo parece que nos aguarda la sombra de una mujer que amamos. Si anduviéramos ahora por las calles de Sevilla, como soñando, tal como lo hice en mi juventud, veríamos rejas floridas, con geranios y albahacas, con claveles de purpúreo perfume. ¿Qué oculta, blanca y leve mano femenina riega aquellas macetas? ¿Qué ojos de nocturno terciopelo miran amorosos, día tras día, a esas flores asomadas al ruido o al silencio, a la luz o a la sombra, de estas calles sevillanas, bulliciosa de Las Sierpes, solitaria plaza de doña Elvira, escondida plazuela de Santa Marta?

Una noche de primavera, cuando el aire vibra de olor de azahar, con el pecho jadeante de belleza, bajo el fulgor desnudo de los luceros y la luz parpadeante de tantas estrellas nos atrae de pronto la frescura rumorosa de un patio, la música sombría de una fuente, nos detenemos y respiramos junto a la cancela un olor suavísimo, puro de tan fina blancura, es el perfume del jazmín:

... Y el dulce olor te vuelve
que apaga el frío y que el calor resuelve,
al espíritu tuyo
ninguno habrá que iguale
porque entonces imitas
al puro olor que de sus labios sale.

Así decía del jazmín, hace tres siglos ya, el poeta sevillano Francisco Francisco de Rioja.

Si en primavera Sevilla huele a azahar, en las noches del verano trasmína un olor a jazmín.

El verano, la estación preferida del sensitivo Rioja:

¡Oh, cómo es el verano
tiempo más genial y más humano
que otro alguno que da el volver del cielo!
¡Oh, cuál número y cuánto trae de flores!
¡Oh, cuál admiración en sus colores!

¿Está, pues, el secreto de Sevilla en el olor de sus flores y es Rioja su descubridor? ¿Radica el misterio de Sevilla, el embrujo, el hechizo, en su luz, en el matiz inefable de su luz tornasolada y es Bécquer el poeta de Sevilla?

Yo diría que Bécquer supo captar lo más íntimo y tembloroso de Sevilla, el espíritu de esas calles aledañas al Guadalquivir, la de los barrios de San Lorenzo o Santa Clara, pero el alma pintoresca y florida de Sevilla, la que se pierde por los intrincados callejones de Santa Cruz, la antigua Judería, había sido descubierta ya y plasmada en silvas y sonetos por Francisco de Rioja.

Y ¿quién era y cómo era este poeta sevillano del siglo xvii?

Rioja tenía los miembros bien proporcionados, blanca la color y los ojos vivos, rasgados, penetrantes. Fijáos intensamente en esa palidez, porque Rioja es un «divino» y como Juan Ramón Jiménez, es un esteta, un amante de la belleza, «pálido de sentirse tan divino». Rioja es un rey de la monarquía poética de los «divinos» andaluces, sucesor en el trono poético de su maestro Fernando de Herrera, el divino Herrera, aquel sevillano del xvi que por ser tan divino ni siquiera era humano. Hay toda una dinastía de «divinos» que va desde Herrera a Juan Ramón Jiménez, nuestro Nobel último.

Según Lope de Vega, «Rioja nunca se apeaba de su divinidad. Y al decir de sus contemporáneos «no da audiencia en casa, ni quiere que nadie en ella le vea».

Este poeta, pobre en su juventud, hasta el punto de escribir una silva «A la pobreza», en la que dice:

Desde el infausto día
que visité con lágrimas primeras
me tienes, oh pobreza, compañía

y termina:

... que yo apenas, humilde, y sin contienda,
puedo contar en paz algunas horas
de las que paso en el silencio oscuro,
olvidado en pobreza...

Este poeta altivo y estudioso, que escribe versos para su solaz, ama a la soledad. Y escribe en su silva iv:

... que ya en segura paz y en descuidado
ocio, alegre desprecio
el diverso sentir del vulgo necio,
sin esperanza alguna
de más blanda fortuna».

Por entonces vive entregado a la poesía. Parece que los versos fueron en Rioja fruto de juventud. Escribe desde 1607 a 1628, es decir desde los veinticuatro a los cuarenta y cinco años. La poesía, y sobre todo una poesía que aspira a ser «sombra de la belleza», como la de Rioja, requiere ocio, sosiego y soledad. Y Rioja no gozará de calma y silencio y de esa tan necesaria soledad para un contemplativo sino en su juventud y en algunos años de la edad madura.

El licenciado Rioja, gran latino y griego, presbítero luego, cultiva la amistad de don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, cuatro años más joven que el poeta y protector de artistas y literatos por entonces. Rioja vive dichoso en su Sevilla natal, tanto que dice en la citada silva iv:

«Yo, aunque más obstinado me aconsejes,
no he de huir de mi nativo suelo.»

Vive en Sevilla una vida soñadora y contemplativa, entregado en cuerpo y alma a la poesía, vale decir tanto, a la búsqueda de la belleza. Como observó certeramente Luis Cernuda, «Rioja es un esteta», no posee facundia embaucadora alguna y por eso no acumula obra sin peso; busca un cauce de armoniosa hermosura su poesía pluricolor y fragante a través del símbolo de la llama o del mar. Apagada y tranquila vida — poesía, estudios, sacerdocio — sólo iluminada por esparcimientos literarios. Así pues, cuando el futuro Conde-Duque de Olivares costea en Sevilla una edición de las poesías de Fernando de Herrera, aparece precedida de un apasionado estudio biográfico y crítico, compuesto por Rioja. Dedicó el estudio, escrito en loor de su maestro Herrera, al Conde de Olivares, al que desea larga vida «para aliento y favor de los estudiosos».

Hemos descrito la apariencia física de Rioja y hemos aludido a su «divinidad». En efecto, Rioja como buen «divino» era reservado, cauto, poco expansivo. Pocas palabras y mucha vida interior. Ya su maestro, Herrera, nunca dijo lisonjas a nadie ni permitió que se las dijeren. Es conocida la austeridad y verdad que preside el vivir de cualquier «divino».

¿Cómo aunar esta contradicción que implica esta acumulación de cargos y distinciones de que fue objeto Rioja por parte del Conde-Duque cuando marcha tras él a Madrid, con su elevado espíritu de poeta, de la alta alcurnia de los «divinos»? ¿Cómo pudo ser confidente y en cierto modo abogado consultor del Conde-Duque? Marañón nos contesta cumplidamente en su libro sobre El Conde de Olivares cuando escribe: «Olivares, equivocado en lo político, fue hombre de recta intención y de vida tan austera que Rioja no tuvo que violentar en nada su conciencia para ser su hombre de confianza y su mejor amigo.» Desde el 1624 Rioja no escribe poesía. La vida cortesana agostó la lozanía de su musa. Sirva ello de ejemplo a los poetas del futuro. No escribe, pero recuerda con nostalgia a su Sevilla nativa.

En la corte su vida es discreta y mesurada, encubre los resplandores de su potencia y valimiento. Pasea recatadamente en uno de sus carruajes, y lleva siempre semblante modesto, apacible, meditativo. Hay muchos testimonios de la entereza de su carácter.

Caído primero y muerto después el Conde-Duque, vuelve Rioja a Sevilla: Quiere descansar el resto de sus días en su ciudad natal, para ello construye una casa cerca del convento San Clemente el Real, lugar muy apartado del bullicio de la ciudad y la adorna con un hermoso jardín lleno de diversas flores y con fuentes rumorosas y frescas y se entrega de nuevo al estudio y sí no al cultivo, al ensueño, de la poesía.

Volverá más tarde a Madrid, con nuevos cargos, pero su espíritu florecerá cada primavera en Sevilla. Vuelve a Madrid y vive allí cinco años más, hasta 1659. En Madrid, muy viejo ya, pero con la nostalgia de su Sevilla florida, muere a solas, «porque viven y mueren a solas los poetas», como ha dicho otro poeta, sevillano también.

Rioja no dejó al morir sino un manojillo fragante de versos delicados y sensitivos, y con ellos, sólo 58 sonetos y 12 silvas, se ha hecho universalmente famoso, tal es el mágico poder del espíritu inmortal de la poesía. Hasta el año 1770 no fueron editados sus versos. La mejor edición de nuestros días es la publicada en 1948 por Alberto Sánchez, en la Editorial Castilla, de Madrid.

Estas consideraciones eran necesarias para la mejor comprensión, para el más hondo entendimiento de la poesía de Rioja. Junto a los tres grandes poetas de su siglo, Góngora, Lope y Quevedo, la fina personalidad lírica de Rioja se nos aparece un tanto pudorosa y feble; es un poeta menor, sí, ateniéndonos a la parvedad de su obra, a la monótona insistencia de su temática. Pero ¿se es poeta en extensión o en profundidad? Rioja es un gran poeta por la intensidad de su vena, por el aire original y moderno de su mensaje, por la delicadeza del sentimiento. Como ha notado Pfandl, su

sensibilidad del color y el perfume son extraordinarios para su época. Por su gusto y sentir, es un espíritu moderno, muy cerca de nosotros. Es un clásico vivo como lo es Sevilla, clásica y moderna al mismo tiempo. Pues si decíamos al comenzar que en Sevilla se ama a las flores, es porque en Sevilla se ama a la vida, porque Sevilla vive en un renovado presente, porque Sevilla es luz vívida y actual. Y en este amor por las flores, Rioja llega a preguntar: «¿Dióte naturaleza sentimiento?»—refiriéndose al clavel—; el poeta aparece identificado con el alma florida y riente de su Sevilla nativa.

Si por un momento soñáramos a Rioja en la Sevilla de su tiempo. Y lo viéramos ahora salir de una casa encalada y baja, atravesar por una puertecita estrecha y caminar silencioso, pálida la tez, pensativos, soñadores los ojos, por la orilla del Betis y mirar «el confuso y ciego hervir de la profunda agua espumosa». Sigue paseando por los barrios azules de la atardecida, solitarios y olorosos; de pronto surge de una casa una joven rubia y hermosa con un clavel en el pelo, el rojo ardiente sobre el oro undoso, piensa el poeta, y ve cómo el clavel, envidia de la llama, sirve de ornato al más hermoso pelo, que corona nevada y tersa frente. La belleza ha herido con agudo dardo de oro la sensibilidad del poeta. Sí, llama refulgente el clavel, ¿quién le dió puro aliento soberano? ¿Quién hizo de esta flor encendida, pública admiración de la belleza? Sólo el Amor, el amor sin duda dulcemente. Por eso la belleza del clavel resplandece entre lazos de oro y su fragancia purpúrea queda aprisionada en amorosa cárcel, gloria peregrina al gozar el rubio cielo de una desatada cabellera de mujer, hebras doradas en amoroso vuelo. Pero si el labio dulcísimo de la mujer se posa en el clavel, cuando el color sangriento toca el encendido seno del clavel, éste, como humanizándose, en alargada llama de pasión, se vuelve más abrasada, y es todo el clavel, olor y fuego, llamas, las hojas abrasadas, símbolo de la pasión, sola merced de Amor.

Noche. Brillan con un fulgor acuoso los luceros. Rioja camina a través de su jardincillo y va soñando a esas flores que su alma vivifica, hasta evocarlas como recién cortadas, frescas, húmedas de rocío, así la arbolera, a la que «tristes horas y pocas» dió a su vivir el cielo; a la rosa amarilla, «sola, eterna, amarilla entre las flores», ejemplo de amor efímero. Pero es la rosa la que le inspira más profundamente. Sí, pura y encendida, émula de la llama, alegre, apesar de lo fugaz de su hermosura. Sus blandas hojas rozan el tacto como plumas amorosas; su púrpura hermosa es deleite para los ojos, y el olfato aspira su olor suavísimo. Es una sensación completa de hermosura; el alma nacarada del poeta se baña en la roja belleza, en el rojo humor, de la flor.

¿Qué gran alma sensitiva y qué abierta a la belleza la de este poeta

de Sevilla? Si entra a oscuras después en su estancia respira la honda fragancia de un búcaro sangriento de flores esparcido y palpa con morosa delectación — la noche de verano es cálida — el cristal veneciano — a quien el agua de helada — la tersa frente le dejó empañada». Ningún poeta clásico posee una tan humana, tan delicada y completa sensibilidad. Tendríamos que llegar a Juan Ramón Jiménez para encontrar otro poeta de tan porosa y moderna sensibilidad.

Si la estética de Rioja puede captarse con el verso ya nombrado: «Sombra de la belleza», la vida de Rioja puede resumirse con otro verso suyo «Sombra de alegría». Pues una nota de la poesía de Rioja es su melancolía, una cósmica tristeza de hombre de su tiempo, provocada, como buen barroco, por la fugacidad de las cosas del mundo, por la brevedad de la vida. Por ello pregunta a la rosa, humanizada por el sentimiento del poeta, propicia al diálogo, pues si todo poeta verdadero dialoga con el tiempo, Rioja habla, inquiere del tiempo hecho fuego, de la rosa, de su hermosura efímera:

...tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia, tu nacimiento o muerte llora.

La poesía de Rioja arranca de una vena herreriana, pero Rioja va encontrándose a sí mismo y hay que buscar sus hallazgos mejores en las silvas. Rioja tiene una sensibilidad más aguda y delicada que Fernando de Herrera y es más nítido su sentido del color.

Hay que insistir en que la posición lírica de Rioja es la de un esteta: Goza sensorialmente las cosas del mundo y busca ávido la belleza a través de la luz y el color, como buen sevillano.

Así, la llama es purpúrea o es floreciente llama. O habla de «alba, púrpura y luz». O nos dice: «Porque el fuego y la nieve dulcemente — en tu rostro mezclados». O esta nota intensamente colorista: «la blanca luz rosada». Por eso el jazmín «en pura nieve y púrpura bañado». Y asombrado por el relampagueo de la belleza en tan pequeña blancura, se pregunta:

¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
hermosa flor, que competir presume
con tu fragante espíritu y colores?

Por lo que vamos viendo, el más delicado atractivo de la poesía de Rioja es su sentimiento apasionado y ardiente por lo efímero del vivir de las flores. Pero si su actitud lírica es extraña y originalísima para su siglo, su actitud filosófica es la frecuente, la común, entre los poetas de su época. Pues el elogio de la vida retirada y la brevedad de la vida humana, eran tópicos constantemente usados por la poesía renacentista española. Y estos fueron dos temas principales de la poesía de Rioja. El poeta sevillano no inventó ninguno de los elementos filosóficos de su poesía. Pero en denodada busca de sí mismo, en reflexiva contemplación de las flores, teñida su alma del patetismo de la fugacidad de las cosas, halló su propio camino al comparar la caducidad de la vida humana con la efímera vida de las flores. Así dice en la silva «Al verano», dedicada a su amigo Juan Fonseca y Figueroa:

¿Y tú la edad no miras de las rosas?

Rioja, en la soledad sevillana de su juventud, en ese huerto —jardín de España— que es Sevilla, se absorbe cada vez más en la contemplación de las flores. El hombre va perdiendo interés a medida que el poeta se sumerge en la naturaleza. Este interés por la flor se torna en el interior del poeta en un sentimiento patético: se olvida del tema humano y sólo queda la maravilla humanizada y efímera de unas flores. Su ardiente interés por las flores se acrecienta y ya no le interesa un solo ejemplo o caso, la rosa o el clavel, sino que va formando todo un jardín —arbolera, jazmín, rosa amarilla— matizado y hervoroso de esplendor y pasión. Tal es la hermosura de este jardín poético, que para hallar otro tan variado y profuso de belleza tendríamos que llegar hasta Juan Ramón Jiménez.

Lo personal en Rioja es lo elegíaco, es su acento inspirado en estas sorprendentes expresiones de la vida en la naturaleza y su efímera belleza es lo que regocija y acongoja a la par su corazón de poeta. Para los otros poetas españoles las flores son elementos decorativos o elementos de color; así en los deliciosos juegos cromáticos de Pedro de Espinosa o Góngora, o bien servían al simbolismo usual de la vida breve y la hermosura fugaz, como en Lope o Calderón; pero en Rioja el amor de las flores se vuelve pasión. Es patético su acento; sincero y preñado de lágrimas de dolor cuando exclama:

¡Y esto purpúrea flor, y esto no pudo
hacer menos violento el rayo agudo!

Qué bien decía el crítico hispano-americano Henríquez Ureña cuando escribió que a Rioja como poeta debe estimársele más de lo que hoy es

uso, «porque en su poesía se oyen sonar notas de las más delicadas, notas que forman una armonía en tono menor, vagamente extraña, original y exquisita».

El sentido pictórico del color es una nota característicamente barroca. Frente al blanco, que es color preferido de Fernando de Herrera, el color predilecto de Rioja —según José María de Cossío— es el rojo. Es su color dilecto y con él se ingenia hasta conseguir la más intensa y rotunda expresión. Ya hemos hablado de la nitidez y pureza de su colorido. Así resuelve la complicación aromática del otoño en un bosque dorado de hojas secas, ya casi rojizas, con un solo adjetivo definidor: la amarilla selva.

El sistema estilístico de Rioja consiste en subrayar el color con exponentes que eleven su potencia vibradora, y para ello utiliza los dos rojos más patéticos que ofrece la naturaleza: la llama y la sangre.

Pura, encendida rosa,

émula de la llama

que sale con el día...

dice, refiriéndose a la rosa; pero cuando canta al clavel insiste:

A tí, clavel ardiente,

envidia de la llama y de la aurora...

O reitera aludiendo al jazmín, y para su evocación plástica se vale del fuego de unos ojos de mujer:

...a tu excelsa blancura

admiración se debe

por imitar de su color la nieve,

y a tus perfiles rojos

por emular los cercos de tus ojos.

Egregiamente el rojo abarca sensualmente una voluptuosa boca femenina:

una blanda palabra generosa

arma y enciende en el purpúreo velo.

Pero es la sangre la que presta su dramática y viva intensidad al color rojo:

Bañóte en su color sangre divina

de la deidad que dieron las espumas.

El profesor Alberto Sánchez en el prólogo que dedica a la edición de las poesías de Rioja, nos habla de la sensibilidad modernísima de Rioja que nos brinda una poesía eternamente fresca y lozana. Hemos visto a través del análisis de la poesía de Rioja (que hemos venido haciendo), cuánta verdad hay en esta afirmación.

Sin embargo, lo más moderno de la poesía del sevillano hay que buscarlo en la novedad de los epítetos. No solamente en la morosidad y delicadeza con que los usa, así

pura, encendida rosa,
puro aliento soberano,

cuando intenta captar el aroma del clavel.

O en un soneto, el 56, al caracterizar a una hermosa dama:

Mientras hay viva nieve y blanda rosa,
y en desmayados ojos resplandores.

Precisamente con el título de «Nieve viva» publicará Rafael Alberti una poesía surrealista. Pero lo inusitado de la adjetivación en Rioja, es aún más sorprendente:

Tus puras luces, dulcemente atroces,
¡qué rayo celestial, cerca y enciende!

Nos había dicho en el soneto 49, refiriéndose a la belleza floreciente de Lesbía.

Y ponderando los ojos de Clori había cantado:

centella de ambicioso fuego ardiente

Y los ojos de Filis le habían parecido «dulcemente fieros». ¡Cuántas hermosas sevillanas de centelleantes ojazos desfilan por los versos de Rioja!

Así en el soneto 24, dice:

De altivas luces, ¿quién miró atrevido
resp'andor que vibraron refulgente?

No siempre los ojos, a veces la boca:

bañe siempre la rosa dulcemente

Y este originalísimo terceto, lleno de modernidad:

De estos, pues, rojos, blandos y suaves
labios do se arma Amor, y que encendieron
mi pecho en llama y rosa dulcemente.

Y este entrelazamiento de los temas mujer hermosa y flor, los más reiterados y que constituyen la básica polaridad de la poesía de Rioja:

Porque el fuego y la nieve dulcemente
en tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa
son que una breve flor?

y acaba reiterativo, pues, mujer o flor, son efímera hermosura.

si a quien alta belleza floreciente
la edad le da de la purpúrea rosa.

Belleza florida, rosa o mujer, es lo mismo; el tiempo acecha y no queda ni el recuerdo de la hermosura, sólo la sombra de la belleza reflejada en el corazón del poeta.

Pero aún resalta más la modernidad expresiva de Rioja en el empleo de los epítetos antitéticos. Cuando García Lorca en el romance de la luna, luna, canta:

En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de cluro estaño.

Nos llama en seguida la atención la oposición que el genial poeta granadino ha establecido entre dos cosas como la lubricidad y la pureza, pero si nos fijamos bien observamos que tal antítesis, absurda en su apariencia, de ahí su modernidad, no es más que aparente; en el fondo los dos epítetos se complementan al contraponerse y establecen un contrabalanceo necesario para la exacta definición imaginativa de la luna. Pero lo asombroso es ver cómo Rioja había utilizado el mismo procedimiento, cuando en el soneto 46 nos dice:

La dulce atrocidad de aquellos ojos
ante quien y perdí color y aliento.

Dulce atrocidad, es decir, dos cosas opuestas, antitéticas y, no obstante, en su irracionalismo qué definitorias de los ojos de aquel angel fieramente humano, como diría Góngora. ¡Qué novedoso, qué moderno, qué expresivo resulta el endecasílabo yámbico, con su culminación absurda y original en la sílaba sexta, para despeñarse luego definidor y lógico al acabar el verso! He aquí uno de los versos más bellos y atrevidos por su originalidad de la poesía clásica española. Parece escrito por un poeta de nuestro tiempo.

Vamos a terminar. Me perdonarán ahora que hable en primera persona. ¿Por qué esta admiración mía por la poesía de Rioja? Pues bien, este culto no me fué infundido por nadie, ni siquiera en la cátedra sevillana de Jorge Guillén, no; no fué en cátedra alguna, sino en la Sevilla de mi juventud, al soñar, paseando, por sus calles floridas, sentado en un banco en el silencio de una plaza desierta a la que conducía un laberinto de callejas, con un libro de Rioja entre las manos, leyendo la silva al jazmín mientras un perfume de jazmín puro y vivo y penetrante llegaba hasta mí, llevado por las cálidas alas de la brisa del atardecer. La primavera sembraba nubes escarlatas por el cielo de la plaza. El soplo de la brisa se adelgazaba y nos traía un olor más hondo y arrobador, el aroma transminador de las damas de noche.

A Rioja hay que leerlo para soñarlo y verlo bien en Sevilla y en primavera. Mi explicación por eso tal vez haya tenido mucho de inútil: lo inefable no se explica, se siente, y la de Rioja como toda poesía verdadera lo es. Perdonad, pues, el atrevimiento.

JUAN RUIZ PEÑA.